

AMALIA ORTEGA O LA ANOTACIÓN AL MARGEN

Mercedes Espiau Eizaguirre.

Profesora Titular de la Facultad de Bellas Artes. Universidad de Sevilla.

Ya es todo un lugar común afirmar que “no es fácil ser una artista”. En principio porque, para serlo, parece que hay que asumir un discurso neofeminista que funcione como alternativa a *lo femenino* (sobre todo en su dimensión de *eterno*) y se ocupe de desvelar a un ser tradicionalmente ignorado por la historia. Un discurso no exento de ambigüedades (¿feminismo de la igualdad/feminismo de la diferencia?) que además, hoy día, tiene que encargarse de desenmascarar las imposturas de otro –esta vez ajeno– discurso: el del poder, universalista, jerárquico y masculino, que impide la creación libre y desprejuiciada de una mirada femenina.

Pero ¿cuál es esta mirada? ¿en qué consiste?. ¿Es que existe un arte femenino? ¿tiene acaso que existir?... Habría incluso que preguntarse si es necesario hacerse estas preguntas. Quizás las respuestas solo consistan en deshacer las preguntas, en cuestionar los códigos y desarticular los estereotipos; releerlos, analizarlos desde una situación distante y tratar de desautorizar los principios que los han formulado. Es decir, jugar, reinventar lúdica y desprejuiciadamente, desde otras posiciones.

Ésta parece ser hoy día la situación del arte hecho por mujeres. E insisto, no es una situación fácil, porque la mayoría no está hablando desde la frivolidad, la ausencia o lo intrascendente sino conversando desde la contradicción y la versatilidad o, lo que es lo mismo, desde la realidad más inmediata (la de todos y cada uno de nosotros) y desde su más refinado simulacro (el arte).

Y es aquí, en el descrédito de cualquier modelo que pretenda definir globalmente el arte hecho por mujeres; en este contexto de lo múltiple y lo plural, de la diferencia y la identidad, de lo complejo y lo sencillo, lo verdadero y lo simbólico, donde se desenvuelve la pintura creada por Amalia Ortega.

Porque efectivamente, la autora se sitúa en un lugar francamente personal y subjetivo que pertenece exclusivamente a su memoria y desde el cual, particularmente en esta serie, emprende una tarea autobiográfica ofrecida al espectador como una narración literaria. Pero en ella no encontramos la típica estructura ordenada de principio-nudo-desenlace, sino una sucesión de experiencias vividas con una mezcla de inquietud y melancolía que, encadenadas a una cinta rosa, descubren el relato de la identidad femenina.

Se trata de una obra que, sin tomar partido, nos muestra el universo de quien culturalmente ha aprendido a ser mujer, es decir, de quien no tiene lenguaje propio ni

mirada personal aunque sí percibe las contradicciones de su herencia misma. Y si, como dice Lacan “no hay cuerpo sin lenguaje”, la autora perfila el suyo reforzando el extrañamiento de todo lo interior, el sentido opaco, ausente, de esa intimidad biográfica llena de mitologías domésticas y silenciosas que, inevitablemente, como en un bucle, vuelven al origen mismo de la no-subjetividad para transformarse en el relato de su propia ficción.

De hecho, a lo largo de la serie, la autora alude, con ese mundo de tejidos arrugados, cintas enlazadas y figuras infantiles, a todo el acervo de mitos y símbolos ancestrales que han venido construyendo el tópico del *eterno femenino* a través del arquetipo de la tejedora paciente e incansable (Penélope) poseedora de la intuición que, como una clave secreta, conecta con mundos enigmáticos (Ariadna) y que es capaz de llevar a cabo las labores más complejas y sutiles (Atenea) con el fin de proteger y perpetuar la vida (Aracne). Toda una iconografía sumergida en la atmósfera de las labores domésticas que, alrededor de la infancia y el recuerdo, se nos muestra como esa metáfora de la feminidad tan sólidamente instalada en nuestro inconsciente colectivo.

Pero la mirada de Amalia Ortega no es una mirada epidérmica o meramente descriptiva, está cargada de una observación profunda, analítica e inteligente que la convierte en una suerte de funambulista del tiempo. Como esas niñas que, enlazadas entre sí, se sostienen sutilmente sobre el hilo de su “*Herencia cultural*” para mostrar tanto la belleza como la desorientación de “*La buena educación*”, expresando la contradicción de ese “*Seré una niña buena*” que, no obstante, domina “*El poder del discurso*”. Porque “*Hay que saber esperar*” para poder constatar que, “*Hilando el tiempo*”, “*Lo que estaba claro se vuelve confuso*” una y otra vez, y que aquella “*Atmósfera protectora*” de la infancia exige un importante “*Equilibrio emocional*” que nos permita sentir que “*Lo permanente es el cambio*”.

Se trata pues de un relato “*Perdido en la memoria*” pero recuperado en la cotidianidad de una “*Mañana azul*” cualquiera, que llega a hacer visible lo invisible y a atraer la presencia de lo ausente. Un relato que no consiste en la descripción narrativa del almacén de su memoria, sino de transformarla en huella. Y es por eso que los cuadros de Amalia Ortega se comportan como anotaciones al margen, en un texto que, al ser artístico, nos muestra el simulacro mismo de la construcción del sujeto y su identidad.

Y todo ello desde la neutralidad de una representación formalmente impecable en su objetividad, en la que objetos inertes y sujetos sin emoción se despliegan como fotografías y muñecos recortables ante los ojos de un espectador que se siente inevitablemente cómplice de unas imágenes que son espejos de la realidad, aunque también nos permiten traspasarlos. De tal manera que, tras esas muñequitas seriadas a modo de recortables, adivinamos la presencia de un “patrón” que suplanta la identidad del individuo para convertirlo en masa y, tras las cintas enlazadas vislumbramos las barreras y enrejados culturales que nos van condicionando. También las tinajas y las piedras, las cintas trenzadas en círculo o las camas revueltas son, simultáneamente, “fotografías” de lo cotidiano, de lo material y lo concreto que, no obstante, traslucen lo

invisible e inexpresable de la intimidad, el cobijo, la maternidad o el placer. E igualmente ese minucioso universo de telas arrugadas, tejidos texturados y entramados de cintas de costura, nos hacen palpar la sustancia misma del pensamiento, y de la vida, y del arte; hechos de orden y desorden, de razón e intuición, de construcción y de caos.

Al fin y al cabo, lo que Amalia Ortega nos cuenta son historias sin final, contadas para que el espectador pueda inventarse las suyas, sea cual sea su identidad. Porque, no lo olvidemos, estamos hablando de arte y éste es, sin duda, el ejemplo más contundente de la impostura, del simulacro de un relato; lo cual no impide, sino que alimenta, nuestra capacidad de crear. Y de crearnos.

Por eso “Cuando evocamos, cuando conjuramos la memoria para hacerla más clara, apilamos asociaciones de la misma manera que apilamos ladrillos para construir un edificio. La memoria es una forma de arquitectura” (Louise Bourgeois).

(Abril 2008)